

Hechos y Personajes de la Infantería Española



Campañas de Marruecos

MANUEL LOPEZ MUÑOZ

Sargento de Infantería



El convoy que manda el Teniente Díaz Martín, perteneciente al Regimiento "Córdoba n.º 10", se aproxima lentamente al llano de los Castillejos. Lo forman nueve acémilas bien cargadas que tratan de llegar a las posiciones de Fahama, Alfersiau y Federico. Ya les falta poco para llegar a la primera de las posiciones que tiene que abastecer y, verdaderamente, es un alivio pensar que están a tiro de fusil de sus compañeros que, en caso de necesidad, podrían ayudarlos.

De todos modos, aquella tranquilidad y silencio no le inspiran mucha confianza al Teniente. Se lo ha repetido a sus soldados hasta la saciedad, hasta pecar de pesado. No importa, quiere a toda costa evitar una sorpresa producida por exceso de confianza.

La patrulla de vanguardia va en completo silencio, tal como su Teniente se lo ha ordenado y de tanto buscar detrás de cada mata del camino y de acercarse a todas las piedras con el fusil dis-



puesto, sin seguro, pronto a disparar, la tensión que podía hacerles presentir un enemigo agazapado, ha cedido, convirtiendo su labor de descubierta en una mera rutina.

Pero el enemigo está ahí, agazapado, esperando a su presa desde hace varias horas. La información que el pastor les dió a los moros era cierta y el convoy discurre por el itinerario previsto. Cada moro sabe su misión perfectamente. Hay que buscar al Teniente con el punto de mira. Todavía está un poco lejos. Hay que esperar a que se acerque más. No puede fallar.

El convoy prosigue su marcha, el Teniente busca con la mirada al Sargento López Muñoz. Allí va este estupendo suboficial sin perder de vista a los acemileros y la protección de los mulos.

De repente algo imprevisto sucede. ¡Suenan un disparo! El cabecilla rebelde piensa que alguien se ha precipitado, pero ya no hay tiempo que perder y una descarga cerrada resuena en el llano. Cinco hombres han caído al suelo y el resto de los hombres se parapetan tras los obstáculos que encuentran más próximos.

El rifeño lanza una maldición. ¡Ha fallado! ¡No ha alcanzado al Teniente! Allí está dando órdenes, indicando a los suyos lo que deben hacer para repeler la agresión. . . Lo busca ansioso con el cañón de su fusil. . . ¡Ya lo tiene! Oprime el disparador. . . ¡Ya le ha dado! El Teniente se lleva las manos a la cara, vacila, se mueve con pasos torpes y cae al suelo.

El Sargento Muñoz, que ha reaccionado rápidamente al oír la primera descarga y ha dado orden de ocultar los mulos en la vaguada, se da cuenta de que el Teniente ha caído herido y grita:

—¡Camilleros! ¡Deprisa, le han dado al Teniente!

Sin pérdida de tiempo se hace cargo del mando de la Sección. Ve que los mulos están medianamente protegidos, ocultos en una de las próximas vaguadas, y se ocupa de rechazar el ataque enemigo.

Los rebeldes se sorprenden al ver que su fulminante ataque no da los resultados previstos y más habiendo caído su Jefe.

Efectivamente, el Sargento López Muñoz se ha hecho cargo del mando de la escolta de convoy y da acertadas disposiciones para repeler el ataque.

—¡Hay que acabar con ese Sargento!, piensa el cabecilla rebelde. Por fin, le descubre, apunta y el disparo le da al Sargento en un brazo. Pero éste sigue infatigable dando órdenes a sus hombres. Otro nuevo disparo hace blanco en el Sargento, y otro y otro más.

En ese momento, a lo lejos, se acerca un numeroso grupo de españoles. Son los del destacamento de La Condesa que, al oír los primeros disparos, al mando del Teniente Gómez Cabanillas salieron a proteger a las fuerzas agredidas.

El grupo de rifeños, al ver a los españoles, se dieron a la fuga. El Sargento López Muñoz sostuvo a su gente a pesar de las bajas que tenía y de estar él mismo herido. Veintisiete hombres han caído y López Muñoz ha recibido un balazo en el brazo izquierdo, otro en la cadera y otros dos en el brazo derecho y en el pie.

El aspecto del Sargento llega a ser impresionante, la sangre le cubre por completo y, sin embargo, sigue ordenando lo que se debe hacer, obteniendo el máximo rendimiento de los nueve hombres que le quedan ilesos. Las fuerzas le empiezan a fallar, pero sólo cuando ve la llegada de refuerzos cede en su tensión y espera. Los atacantes se han retirado; han producido muchas bajas, pero el convoy podrá seguir hasta las posiciones objeto de su atención. La actuación rápida y eficaz



del Teniente Díaz Martín hasta que cayó mortalmente herido en la boca, y la denodada intervención del Sargento Manuel López Muñoz, sobreponiéndose a sus cuatro heridas, habían logrado lo que hubiera parecido imposible dado el número muy superior de los atacantes.

Por esta acción, acontecida el 15 de agosto de 1913 y que fue corroborada por diversos Mandos y tropa que fueron testigos del hecho, le fue concedida al Sargento de Infantería Don Manuel López Muñoz la Cruz de primera clase de la Real y Militar Orden de San Fernando.